



CONVOCATORIA DE NARRATIVAS
La SALUD
será **FEMINISTA**



Carrera

Emma Simonotti

Qué importaba si estaba embarazada, si en la escuela le habían dicho que eso era lo importante: tener bebés, una familia, cuidar a los hijos o hijas -pero mejor si eran hijos- para que el día de mañana con suerte llegaran a ser algo. Que igual no era tan difícil, solo tenía que mantenerse fuerte -como habían hecho sus amigas de la escuela- y si perdía al bebé tampoco importaba porque lo iba a poder tener más adelante, aplazar un poco más su destino, igual al final todo era lo mismo. Aunque pensándolo un poco más llegó a la conclusión que era mejor no perderlo, al menos no intencionadamente, porque cuando estás embarazada te dicen que tenés una vida adentro y hay que cuidarla. Se detuvo en seco: ¿si corría lo mataba?

Sintió atrás de ella los pasos fuertes de él alcanzándola: no, seguro no moría, pensó. Aparte mejor seguir corriendo así él no la hacía volver.

“Vení para acá te dije”, gritaba él. Tenía la respiración entrecortada por la corrida, casi que su voz denotaba alcohol. Sus pasos eran torpes pero furiosos. “A dónde te pensás que vas te dije”.

Siguió corriendo. Él se iba a cansar, seguro. No iba a querer seguirla tan lejos. Se metió por una calle paralela, menos iluminada. “No me va a ver”, pensó, “acá no me alcanza”.

Le había contado en la cena, pensó que los tragos harían que se lo tomara mejor. Bah, en la cena, se había hecho medianoche y habían decidido tomar algo, sentados en la terraza. El puñetazo había estado a punto de desbarrancarla por la baranda de la terraza, hacerla caer en la avenida, arriba de un auto con suerte, parecido a las películas en las que ellas se caen y su amor las agarra. Pero acá, sin amor, sin amortiguamiento. Y seguro tampoco caía arriba de un auto porque en la avenida pasaban todos rápido, atropellados.

Que era tonta, le había dicho, que era su culpa que todo eso estuviese pasando. Que si quería que lo matara, le había preguntado ella, evitando la palabra que la aterrorizaba, que la hacía sentir culpable. “No, qué lo vas a matar, mira si sos imbécil”, le había dicho él, y después vinieron el puñetazo, los golpes consiguientes y ella salió corriendo pensando que si no mataba al bebé la iba a matar a ella o iban a terminar todos muertos.

Ahora ya no escuchaba los pasos tras de sí. “Se debe haber cansado”, pensó.

No sabía si ella sola y un bebé era considerado una familia como le habían

enseñado en la escuela pero seguro que no. Una familia no es así. Y si es así está mal, es la familia que todos miran de soslayo, la que nadie quiere ser. Si tenía que dejar la secundaria no estaba tan mal, pensó, porque igual la gente de su barrio no llegaba a ningún lado. Se detuvo en la avenida, intentando respirar y mirando hacia atrás, a ver si él aparecía, todavía corriendo, todavía borracho, queriendo matarla. “¿Son noviecitos?”, le había preguntado su mamá, “algo así”, le había respondido ella. Tan lindo le había parecido el primer día... En un punto la idea de embarazo le había parecido hasta dulce al lado de él. Escuchó unos chiflidos atrás suyo.

-Eh, ojo morado

Un grupo de hombres se reían. “Por suerte hay gente acá”, pensó, pero todos parecían extraños, todos apuraban el paso, nadie la quería ayudar, y los hombres seguían chiflando.

Empezó a correr de nuevo. “Si no les presto atención a lo mejor se callan”. Aparte no tendría que haber salido a esa hora sola, era natural que le dijeran algo.

Su mamá le había dicho eso, que era una “señorita” (después de lo de la sangre no solo era una señorita, si no que ya era una mujer) y que las señoritas no salen solas a la calle, que siempre van acompañadas de un “caballero”, que no salen solas a la vida tampoco, para eso también necesitan un caballero. Ella pensaba que decía eso porque era vieja, aparte la palabra caballero no sabía de dónde la había sacado, pero la maestra también había dicho algo así, y ella era joven, y ya tenía caballero, bebés y todo.

“Por ahí si consigo un caballero todo está bien, debe haber alguno que me quiera a mí y al bebé, que nos cuide.”

Las piernas le empezaron a agujijonear y se detuvo en mitad de la calle. Quiso sacarse el buzo porque hacía calor pero se dijo “mejor no, ahora no, acá no”. Sintió que iba a vomitar, el alcohol de la cena o la carrera, y pensó en el bebé y qué iba a decir su madre y qué iban a decir en la escuela y que igual estaba destinada a eso, tarde o temprano pasaría, y quiso vomitar todo eso, el puñetazo, los chiflidos, el noviecito tan lindo que le había tocado en suerte, la culpa. “No puedo parar de correr, me van a decir algo, me van a agarrar, aparte no sé si ya está muerto el bebé, tengo que seguir corriendo”. Y pensó que ya iba a conseguir un caballero que la acompañara, que no iba a estar tan mal, la idea de caballero la reconfortó, sólo necesitaba a alguien para completar la familia que al fin y al cabo era su deber, pensó, y siguió corriendo.

En el año 2006, Argentina sancionó la Ley N°26.150 de Educación Sexual Integral (ESI), la cual creó el Programa Nacional de Educación Sexual Integral con el fin de garantizar el derecho de todos los estudiantes a recibir una educación sexual

integral en todas las escuelas del país. A partir del año 2017, la ESI se incluyó en el Plan Nacional de Prevención del Embarazo No Intencional en la Adolescencia. Sin embargo, a más de una década de la sanción de la Ley de ESI, un estudio del Ministerio de Educación reveló en 2018 que, pese a que el 96% de lxs docentes -y el 50% de lxs estudiantes- del país conocen la ESI, el 75% de lxs estudiantes de los dos últimos años de la escuela secundaria consideran que la escuela no les ofrece temas que les interesen, como educación sexual integral y violencia por razones de género. A 14 años de la sanción de la Ley de Educación Sexual Integral, lxs jóvenes de Argentina seguimos exigiendo su efectiva implementación en todas las escuelas del país para que todxs tengamos las mismas oportunidades, sin importar de dónde vengamos.